

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DEL DOCTOR MANUEL LIMONTA VIDAL

Dr. Washington Benítez

En los albores de la humanidad, es decir en el momento mismo, cuando el hombre empieza a reflexionar, podemos concebir que aparece la ciencia. Este proceso nada fácil, se confunde en el pasado, marcha aceleradamente en el presente y se proyecta, con mayor dinamía, hacia el futuro. No cabe duda que el proceso histórico de la ciencia, ha sido paralelo con la evolución del pensamiento. Desde la época del paleolítico, las prácticas realizadas por el hombre en su afán de su supervivencia y, en procura de proyectar la vida, han quedado grabadas en las cavernas del Viejo Continente, en cuyas paredes se muestran a hombres armados, utilizando su tecnología, para cazar antílopes y otros animales. Para esta misma época, este hombre de hace aproximadamente 30.000 años, ex-

presa su tecnología e ingenio en pinturas de trazos finos, legándonos también su sensibilidad por la naturaleza que lo rodeaba. Me recuerdo en este momento el hermoso diseño de rasgos y colores particulares y hasta de corte surrealista, del "bisonte dormido" de las Cuevas de Altamira - España, que se puede observar en el Museo del Hombre de París.

Desde entonces, hasta nuestros días, este proceso de evolución del pensamiento, de la tecnología y de la ciencia no se detiene. Se comparte con la naturaleza, se aprende de ella, y hasta nos atrevemos a transformarla, lastimosamente para mal, en la mayoría de las veces, cuando los intereses de unos pocos se privilegian en detrimento de los intereses de las grandes mayorías. Por ventura y, en el otro extre-

mo, encontramos a hombres estoicos, muchas veces anónimos, quizá como aquellos seres que nos dejaron sus recuerdos en las Grutas de Lascaux, o como caballeros andantes, enfrentando a molinos de viento; víctimas de la incomprensión, batalladores y decididos a demostrar, a los malos políticos y a los malos burócratas, “señores dueños del mundo”, que todo aquello que se invierte en los procesos científicos, servirá para consolidar nuestra identidad y evitar la dependencia.

Desde siempre y más en la hora actual, en los países en vías de desarrollo, en donde la economía privilegia al mercado, la tarea de la investigación es cada día más difícil. Los presupuestos destinados al sector social disminuyen de manera casi exponencial, se invierte cada vez menos en educación y, todo aquello que es ciencia, se deja de lado, se posterga, y es considerado por los apologistas del “capitalismo salvaje”, según Eduardo Galeano, como algo intrascendente e innecesario. Olvidan, como dice el maestro Luis Romo Salto, que: “el cultivo de la ciencia constituye el medio más poderoso que el hombre posee para hacer viable el pro-

greso. En el mundo moderno la investigación científica y el desarrollo económico son interdependientes, hasta tal nivel que, los países desarrollados, asignan a la realización de la investigación un sitio de máxima prioridad”. Cabe recordar que en promedio, los países desarrollados han destinado a la investigación científica, durante la presente década, más del 2.5% de su Producto Interno Bruto, mientras que los países de América Latina, han destinado menos del 1%. Por ello, mientras en Europa el número de científicos por mil habitantes es de 1.6, en nuestra América apenas es de 0.2 por mil habitantes. Hoy más que nunca, el pensamiento de Bernard Houssay, nuestro primer Premio Nóbel latinoamericano en ciencias, toma actualidad, cuando nos decía: “Un país previsor no puede esperar que sus sabios surjan por milagro, ni acostumbrarse a la explotación desconsiderada de su vocación y heroísmo”.

Es en este contexto en el que nos debatimos los investigadores latinoamericanos, muchas veces, para emprender en lo que nuestros detractores denominan peyorativamente “utopías”, la

comprensión de algunos países desarrollados, que creen en la ciencia como el mecanismo más idóneo para transformar la sociedad, resulta más estimulante que las políticas de Estado. Ernesto Sábato, hace aproximadamente dos años, decía que: "Solo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido". Ese tipo de hombre está encarnado en la personalidad del Doctor Manuel Limonta a quien, en este día de gloria para la ciencia Latinoamericana, tengo el honor de presentar.

Lo conocí de la manera como tradicionalmente se conocen los investigadores, a través de artículos científicos, publicados por él en revistas prestigiosas. Cuando tuve la oportunidad de tratarlo personalmente, aprendí de su sencillez, de su modestia, de su elevado nivel científico y de su solidaridad. Recuerdo que, ante una propuesta de quien les habla, en un congreso científico internacional, de nuestra Red Latinoamericana de Biotecnología, para que se canalice fondos en procura de privilegiar a los países de menor desa-

rollo tecnológico de la región, él estuvo presto, en calidad de presidente de este congreso, para apoyarnos y lo que es más, para consolidar esta propuesta. Lo hemos visto entregado por completo al trabajo, sin horario, sin espera de recompensa material, menos de honores; totalmente inmerso en la búsqueda de conocimientos para ponerlos al servicio de su pueblo y de los países en donde los pobres representan más del setenta por ciento de la población. Sus amigos de faena me hablaron de él, de sus sueños y realidades, del esfuerzo puesto en la consolidación del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, el famoso CIGB, gloria y prestigio del pueblo cubano, de Latinoamérica y de los países del hemisferio Sur.

El Dr. Limonta realiza sus estudios primarios y preuniversitarios en su tierra natal, Santiago de Cuba, y, los altos promedios alcanzados en sus registros académicos, lo facultan para ingresar, en 1968, en la prestigiosa Escuela de Medicina de La Habana; en donde se gradúa con los más altos honores. Una vez terminada la carrera inicia su período de servicio

de Asistencia Médico Social y Rural, que concluye en 1974. Son cuatro años de contacto con la sociedad cubana, con la belleza del campo, con las familias de los sectores rurales, con las penurias y particularidades sociales de su país y de otros “cienos del mundo”; como solía decir y hacerlo, ese niño interior del Gran Maestro Oswaldo Guayasamín, colgado en la interpretación de “los anhelos, las angustias, las esperanzas o desesperanzas de los hombres de su tiempo”. Esta etapa de su vida le permite aplicar su conocimiento y profundizar en el aprendizaje de la sabiduría popular, para conceptualizar de mejor manera la realidad social de los menos favorecidos. El poeta Leopold Senghor, en su lejano Senegal, al referirse a la importancia del saber popular, acumulado por los sabios autóctonos, a través de conocimiento ancestral y líderes en cualesquiera de las comunidades rurales de su pueblo, decía a uno de sus amigos que vivía en occidente que, “La muerte de uno de esos ancianos es lo que para ustedes sería el incendio de una biblioteca de pensadores y poetas”. Esto ratifica que los científicos

y académicos también deben aprender del saber popular.

El Doctor Limonta, antes que en la medicina, cree en la inmunidad natural del individuo como medio para luchar contra las enfermedades, por ello, elige como especialidad la hematología, lo que lo obliga a contactar científicos y centros de investigación del más alto nivel y para complementar su formación en Biotecnología viaja a Houston, a Helsinki, a Moscú, a Suecia y a Holanda, entre otros lugares.

Publica en revistas de prestigio internacional y, en la actualidad, sus publicaciones suman más de cien. Este arduo trabajo de publicar se complementa con la organización y la participación en eventos científicos y en reuniones internacionales, a lo largo de los cinco continentes y, en el permanente intercambio con investigadores, profesores y estudiantes.

El Doctor Limonta, fiel a sus principios, considera a la actividad científica como el medio para proyectar sus ideales antes que para cumplir objetivos. Es que los grandes objetivos jamás se

logran en investigación, estos siempre resultan logros parciales. El éxito de hoy es el nuevo desafío para mañana. En su vasta experiencia científica, a la que él denomina "trayectoria laboral", ha organizado y dirigido, desde 1981, el primer laboratorio que produjo el interferón en Cuba y el proyecto de producción y aplicación del interferón leucocitario, actividades que se complementan con la creación del Centro de Investigaciones Biológicas que dirige hasta su total funcionamiento.

Una nueva y gran empresa inicia en 1986: la creación del Centro de Ingeniería Genética y de Biotecnología de

La Habana, Cuba. Todavía están frescos, cuando se habla de la génesis del Centro, conocido mundialmente con las siglas de CIGB, los recuerdos de aquellas interminables negociaciones con organismos internacionales, desconfiados de los investigadores del tercer mundo, dudosos de nuestro saber hacer. Hoy se valora la sabia decisión del gobierno cubano, de invertir en un proceso de esa magnitud. Dentro de los primeros "equipos" con los que contó el Centro, estuvieron las ollas de presión, utilizadas para quehaceres

domésticos, inquietos y explosivos reverbos a gasolina, transformados en verdaderos autoclaves o estufas, puestas al servicio, nada menos que de la biología molecular, de la biotecnología y de la ingeniería genética... El Doctor Limonta, idea, crea y dirige el Centro desde el primero de julio de 1986 hasta junio de 1999. Veinte largos años en los cuales los principales logros científicos son:

La obtención y la aplicación del Interferón alfa 2 recombinante y el alfa leucocitario, en individuos afectados con el Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VHI).

La producción de biológicos para investigaciones de pacientes con SIDA.

Patentes para la obtención del factor de transferencia leucocitario.

Producción del Interferón alfa para el tratamiento de enfermedades virales y neoplásicas, entre las cuales: la Papilomatosis laríngea, la conjuntivitis hemorrágica y la Hepatitis B.

Aplicación de biotecnologías médicas para países en desarrollo.

Biotechnologías para el desarrollo de la agricultura y la ganadería; entre las principales.

El Dr. Limonta es miembro de decenas de organizaciones científicas en su país y de organismos internacionales del Viejo y del Nuevo Mundo, entre las cuales la Academia de Ciencias del Caribe y la Academia de Ciencias del Tercer Mundo, con las cuales se siente plenamente identificado. Ha sido miembro de la revista "Hematología y Bancos de Sangre"; de la "Revista Cubana de Investigaciones Biomédicas" y desde 1983 hasta 1999, Editor Jefe de la Revista de "Biotecnología Aplicada".

Hemos repetido en más de una oportunidad que el investigador nunca trabaja en busca de reconocimientos personales y que su verdadero logro está en la satisfacción de saber que las experiencias realizadas han sido exitosas. Cuando esa investigación se transforma en una útil de beneficio a la sociedad, la satisfacción es completa. En el Dr. Limonta se puede observar que, pese a los reconocimientos de los que ha sido objeto en su país y en otros lugares del mundo, su actitud de

hombre sencillo y de maestro, se mantiene incólume y está siempre presto a compartir sus conocimientos con alumnos y jóvenes investigadores, a animarlos en este proceso, casi siempre incomprendido; mientras que, en su actitud de investigador, permanece abierto al conocimiento, a la discusión y análisis, en procura, desde su óptica, de encontrar la solución a los problemas de la sociedad.

Cual viejo roble, hoy quiere dar sombra a sus pupilos, formar jóvenes investigadores al más alto nivel para seguir en la búsqueda de respuestas alternativas a los problemas de su país y de los países en vías de desarrollo. La colaboración Sur-Sur está dentro de sus grandes perspectivas y entre ellas el gran interés por seguir apoyando las iniciativas de nuestra Universidad Central en el campo de la Biotecnología, la Ingeniería Genética, la Biología Molecular y de la Inmunología. Mientras tanto, se mantiene como investigador en ciencias básicas. En sus dos nuevos proyectos: 1. La obtención de sangre en animales transgénicos, con el propósito de obtener, en la leche de estos, la po-

sibilidad de tratar enfermedades genéticas, y 2. En la activa participación como el único miembro latinoamericano en el Comité del Programa del Genoma Humano.

Esta es una breve síntesis de la actividad de nuestro homenajeado, el señor Doctor Manuel de Jesús Limonta Vidal quien, en el recuento de sus acciones, nunca olvida poner de relieve la valiosa participación de sus colaboradores y el apoyo del pueblo cubano. Por el esfuerzo realizado en beneficio de la ciencia al haber generado nuevos conocimientos y, sobre todo, revalori-

zando la capacidad del hombre de los países en vías de desarrollo, desde su condición de científico; por su actitud insobornable, por haber demostrado al mundo que las limitaciones materiales se vencen con la iniciativa, con el ingenio y con la rebeldía propia de nuestra cultura mestiza; por haber probado que un bloqueo político no puede bloquear la imaginación, menos impedir la solidaridad científica de los hombres comprometidos con los más caros intereses de los olvidados del mundo. Por ello, unámonos a su merecida investidura.

Señoras y Señores.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Quito, diciembre 13 del 2000.

